

respeto que vuestra misma situación os impone... Basta ya; dejemos esto, y no volvamos jamás a hablar de ello.

—¡Basta, caballero, he comprendido!

Y Lorenzo, abriendo bruscamente la puerta, se lanzó fuera de la habitación.

Cuando M. Maurín se encontró solo, en medio de los ramilletes de fiesta diseminados, se puso á pasear con ademán agitado, murmurando de tiempo en tiempo una exclamación de censura, indignado cual si contestase á misteriosos argumentos presentados por su propia conciencia.

Detúvose de pronto, porque le pareció haber oído convulsivos sollozos al otro lado del tabique. Abrió la puerta de la repostería y tratando de orientarse en la obscuridad, exclamó con tono áspero:

—¿Quién está ahí?

Nadie contestó; únicamente una forma confusa se levantó con precipitación y á través del hueco de una puerta rápidamente abierta y vuelta á cerrar, creyó M. Maurín conocer á Valentina, que huía sofocando sus lágrimas.

#### IV

Hacia mediados de Julio empiezan á afluir á Sermaize los bebedores de agua mineral, pero lo que se llama la *estación* no entra en pleno periodo hasta

el mes de Agosto. Entonces aquel apacible pueblo campesino, cuya monótona regularidad no es de ordinario turbada más que por los martillos de forja y la campana de las fábricas, adquiere de repente apariencias de movimiento social y de animación. El camino nuevo que costea el Laume y conduce al manantial de los Sarracenos se vé cruzado cinco ó seis veces al día por un ómnibus al servicio del establecimiento, del que se halla distante el pueblo próximamente como Cauterets lo está de la Raillere. Los bebedores ágiles de piernas hacen á pié el trayecto, y este paseo dá ocasión á las damas para exhibir trajes especiales, que parecerían excéntricos y arriesgados en sus habituales residencias, pero que están tolerados en Sermaize, donde gusta remedar los procedimientos empleados en las poblaciones bañistas.

Los enfermos ricos alquilan en el pueblo habitaciones amuebladas, ó se acomodan en las dos fondas próximas al manantial; las cuatro ó cinco posadas de la población se transforman en mesa redonda para servicio de los bañistas de clase más modesta. Como Sermaize no es todavía un punto ó estación de moda, no suelen verse allí sino enfermos *formales* ó familias de los alrededores, que toman pretexto de la eficacia terapéutica del manantial para hacer una excursión veraniega á precio módico; por esta razón no abundan las distracciones. El casino se vé casi siempre desierto durante la noche, porque los bañistas, des-



pués de comer, no tienen otro placer que el de pasearse por la campiña, que es por cierto encantadora, ó bien sentados delante de la puerta de su alojamiento, departen familiarmente al son de la música de un organillo de Berbería.

De cuando en cuando, alguna sociedad filarmónica de los centornos ó algunos artistas ambulantes se detienen para dar un concierto en el casino; especie de ganga que es siempre acogida con entusiasmo por todos los ociosos en buen estado de salud y que trae consigo la necesidad de vestirse con más esmero para acudir á la fiesta, cuyo término es ordinariamente en baile, que se prolonga hasta muy entrada la noche.

Ocurrió aquel año que los baños se vieron mucho más animados que de costumbre. El elemento joven estaba en mayoría entre los bebedores, y se bailaba en el manantial cuando menos una vez por semana; pero mientras el vallecito del Laume se animaba con la música de los valsos, el doctor Lorenzo Husson permanecía obstinadamente encerrado en su morada. No se le veía más que á las horas de la consulta, y los clientes se lamentaban de su despego y retraimiento. Su buen humor y su amabilidad tan decantada habían desaparecido por completo, y tan brusco cambio era objeto de conversación y de comentarios en la mesa redonda. Los enfermos convenían en que su médico favorito estaba desconocido; cada cual se esforzaba en investigar las causas de la misteriosa

metamorfosis, pero perdían completamente el tiempo los curiosos. Solo Sofía Husson, que había visto á su hijo la noche de San Juan volver á casa pálido, descompuesto, sombría la mirada y contraídas las facciones, solo ella habría podido revelar el secreto de su negra melancolía. Por de pronto, no quiso decir la otra cosa sino que había sido rechazada su proposición; pero tales instancias le hizo Sofía, tanto rogó y lloró abrazándole, que Lorenzo no tuvo más remedio que dejarse vencer, y entonces su dolor se desbordó con violencia á manera del agua agitada que hierve al salir de una esclusa. Lo confesó todo, y desde aquel momento desapareció de la casa la alegría; Lorenzo no desplegabá sus labios, y Sofía permanecía durante largos intervalos con la aguja en el aire sin poder coser, porque sus ojos se inundaban de lágrimas.

Hallábanse aún bajo la impresión del estupor que había seguido á aquel golpe fulminante, cuando una carta de Memmie Husson reclamó la presencia de Sofía en Juvigny. La tía Constanza sufría una enfermedad bastante grave, y el panadero, muy enfadado, insistía en que fuera su hermana á asistir á la paciente y hacerse provisionalmente cargo de la dirección del obrador. Vacilaba Sofía en abandonar á Lorenzo, pero éste la decidió á marchar. La soledad no le espantaba; por el contrario, en la disposición de ánimo en que se hallaba, sentía cierta acre voluptuo-



sidad en alzar en su derredor un muro de aislamiento y de silencio. Sofía partió, pues, con el corazón angustiado, y el doctor se quedó solo, entregado á sus penas y amarguras.

No era la primera vez que se hallaba de frente con la adversa fortuna; había ya sentido pesar sobre su frente el rudo puño del desencanto, y parecía por lo mismo que debiera encontrársele ya algo más abroquelado tras el estoicismo; pero todo le había salido tan perfectamente durante tres años, que poco á poco se había ido desacostumbrando á la lucha y al sufrimiento; bien así como esos pueblos enervados por la prosperidad y el repose, que ya no saben batirse cuando se ven de pronto lanzados en plena guerra.

El amor de Valentina se le había aparecido como el delicioso coronamiento de su vida juvenil. La linda «flor de vid» era para él el símbolo de la felicidad tranquila y apacible, bajo la cual se sueña cobijarse en la edad madura. Casarse con Valentina, pasar con ella el resto de su vida en la casita de Sermaize, ¡era una dicha á la vez tan dulce y en apariencia tan asequible!. Y he aquí que aquel sueño de ventura se había convertido en polvo, á manera de una bola de jabón que se quiebra en el ángulo de una pared.

La suerte adversa había querido que aquella joven de tan recto juicio, tan generosa y tan discreta, tuviese por padre á un hombre sentencioso, atiforrado de huecas frases y de necias preocupaciones. Este

obstáculo ridículo suscitado en el camino de su dicha, había exasperado á Lorenzo; menos docil y acomodaticio que en otros tiempos, rebelábase furioso contra tan inícuca resistencia, y una sorda cólera bullía en el fondo de su alma. Hacía á la sociedad entera responsable de sus amarguras, y alzábase contra la injusticia de ese vulgar rebaño de inteligencias limitadas que constituyen lo que se llama opinión pública. Las humaredas de su rabia eran tan espesas, que obscurecían hasta la imagen querida de aquella cuya pérdida había producido en Lorenzo tal explosión de cólera. Había momentos en que su amor á Valentina parecía menos intenso que el odio que abrigaba hacia el resto de las gentes.

Y á medida que se debilitaba en apariencia el encanto fascinador de la hada de claros ojos, sentía Lorenzo desarrollarse dentro de su ser, á modo de brote de venenosas hierbas, todos los gérmenes de perversidad que anidan en estado latente en el fondo recóndito de la bestia humana. Los pensamientos elevados y generosos dejaban el puesto á indefinidos deseos insanos de venganza.

Resueltamente, Sofía había hecho muy mal en ausentarse, abandonando á Lorenzo á la soledad, que se convertía para él en mala consejera y le hacía pensar nada menos que en hacer pagar ojo por ojo y diente por diente á aquella sociedad exclusivista y mezquina que le trataba como á un pária.



—¡Ah!—murmuraba entre dientes— ¡ah! señores burgueses, ¿me poneis fuera de la ley?... ¡sea pues! pero que no se me pongan al alcance vuestras esposas y vuestras hijas, porque yo os aseguro que, de hoy más, he de divertirme cuanto pueda á costa vuestra; no rezan conmigo vuestras leyes y me rio de vuestra moral acomodaticial...

Bajo tan excelentes disposiciones de ánimo, salió cierta mañana á visitar á sus enfermos, marchando á lo largo del camino del manantial. La noche había sido lluviosa, y so'lo de vez en cuando alcanzábase á ver de lejos alguno que otro bebedor matinal perdiéndose paulatinamente entre la bruma. Absorto en sus amargos pensamientos, caminaba el doctor muy despacio, cuando oyó á su espalda el crujir de una falda sobre la mojada hierba, y antes de que se le ocurriese alzar los ojos, pasó rozando con él una bañista, que le miró casi á hurtadillas y siguió rápidamente su camino. Tan breve fué aquella indiscreta mirada, que no tuvo tiempo siquiera Lorenzo para entrever las facciones de la persona que acababa de mirarle tan de cerca y de una manera tan poco ceremoniosa. Llevaba ya ella una delantera de veinte pasos, y todo lo que podía ya ver Lorenzo era una capucha encarnada, cayendo en largos pliegues sobre un elegantísimo talle, y una ancha falda blanca que rozaba la húmeda arena. La mujer se alejaba con paso ligero y armoniosamente acompasado.

La brisa levantaba apenas los extremos del abrigo, que la humedad hacía más pesado; el vestido dibujaba suavemente el flexible talle; sobre las redondeadas caderas ahuecábase la falda y se elevaba con movimientos voluptuosos, y la vista podía seguir por detrás la curva sinuosa de una correcta línea serpentina partiendo de lo alto de la cabeza hasta el extremo de la falda. Había en el conjunto de aquella fugitiva paseante cierto tono de imperiosa belleza, cierto misterio altivo y provocador que arrancó al doctor de sus hondas reflexiones y despertó su adormecida curiosidad, á la manera que el picante sabor de ciertas salsas estimula el apetito de un comensal satisfecho.

Mirábala atentamente alejarse bajo los plátanos, y la vió detenerse de pronto ante una casa de campo conocida en la comarca con el nombre de la *Espailleterie*, y comunmente alquilada durante la temporada á alguna rica familia de bañistas. La desconocida sacudió los pliegues de la mojada falda, volvió otra vez con ademán de curiosidad hacia Lorenzo el rostro, cuyos rasgos no podían distinguirse á causa de la niebla, y desapareció tras de la verja.

Al regresar el doctor á su vivienda á la caída de la tarde, volvió á pasar por delante de la *Espailleterie*. La casa estaba medio oculta por las madreselvas de la verja y los macizos de un jardín á la inglesa que la rodeaba. Estaban las persianas; más echadas por una



de las ventanas entreabiertas, percibíanse al exterior los armoniosos sonidos de un piano. Alguien (la desconocida sin duda) ejecutaba el vals de las *Rosas*, muy en boga por aquel tiempo.

Aflojó el paso Lorenzo y, durante largo rato, las notas de aquel vals, unas veces ruidosas, otras lánguidas, le persiguieron en su marcha. Cuando llegó á su casa caía el crepúsculo, el cielo continuaba lluvioso y apenas se veía en su gabinete de trabajo. Entretanto que se le preparaba la comida, sentóse en el poyo de la ventana abierta, y permaneció allí de nuevo entregado á sus amargos pensamientos y escuchando el melancólico ruido de las gotas de agua al resbalar por las hojas de los árboles.

Pensó primero en Valentina y en aquel tiempo en que próximamente á la misma hora volvía de Robert-Espagne halagado por sus recuerdos y formando propósitos de un porvenir dichoso; parecía que mediaban años enteros entre aquellos felices tiempos y los actuales. Robert-Espagne le hacía al presente el efecto de un paraíso perdido, y no se atrevía á cruzar el bosque que de él le separaba...

Mientras se burlaba de sí propio por el empeño de traer á la memoria asuntos que no le producían ya sino accesos de amarga melancolía, hirió su olfato un extraño perfume de vainilla y almendra, que despertaba en su mente una vaga sensación de pasados tiempos. ¿Dónde había él aspirado otras veces aquel

aroma, á la vez suave é irritante? ¿Y de dónde procedía á tal hora aquel misterioso perfume? Asomó la cabeza á la parte exterior de la ventana, pero allí no había más que árboles verdes y flores inodoras; no era, pues, del jardín de donde procedía aquel olor penetrante.

Púsose á pasear por el gabinete, casi totalmente sumergido en tinieblas, y el olor parecía seguirle, saturando la atmósfera de la habitación. Encendió rápidamente un fósforo y con él una bujía, y entonces vió sobre su mesa escritorio, en una gran jarra, un abultado ramillete de madreselvas y reinas de los prados. No era, seguramente, una alucinación. Allí estaban, en efecto, las flores ostentando á la trémula luz de la bujía sus sonrosados racimos y pálidos penachos, y al lado de la jarra se veía un sobre cerrado. Lorenzo lo desgarró con mano impaciente, creyendo encontrar allí la solución del enigma; pero vió que solo contenía el programa impreso de un concierto que debía celebrarse aquella misma noche en el casino. Entonces llamó á su sirvienta, y solo pudo averiguar de ella que, tanto el ramillete como el pliego cerrado, habían sido traídos «para el señor doctor» por un joven campesino.

El asombro de Lorenzo iba aumentando por grados. Hizose servir apresuradamente la comida, cambió de traje y echó á andar hacia el casino, suponiendo desde luego que entre el envío del ramo y el pro-



grama del concierto había alguna misteriosa relación y que allí sabría á qué atenerse en punto á tan singular aventura.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, y desde el momento en que pisó la sala del concierto descubrió lo que buscaba. En la primera fila de sillas, destacándose del grupo de trajes burgueses, á la manera de una aristocrática flor de invernadero en medio de un macizo de amapolas y clavelinas, Berta Fontenille—ó hablando más propiamente, la señora de Santa María de Brioules—hallábase negligentemente sentada.

Lorenzo la conoció inmediatamente de entrar y un súbito carmín tiñó sus mejillas. Fué, sin embargo, bastante dueño de sí mismo para disimular su agitación; pasó por delante de ella aparentando no haberla visto, distribuyó acá y allá algunos apretones de manos, y se dió prisa á retirarse á la balastrada del balcón que corría á todo lo largo de los huecos de la sala. Una vez allí, y protegido por la obscuridad, no pudo resistir á la tentación y se volvió para mirar á la recién llegada. Vestida con un traje de faya blanca de larga cola, llevaba por único adorno una alta peineta de coral, cuyas bolitas formaban una especie de diadema sobre sus negros cabellos, y en uno de los ángulos del escote cuadrado de su peto, un ramo de geranios encarnados destacaba su brillante nota de color. Estaba blanca como una azucena; sus azules ojos aparecían, como siempre, pérfidamente velados

por las espesas pestañas caídas, y en sus rojos labios vagaba la eterna sonrisa, con expresión aún más sardónica que en los pasados tiempos. Por más que hubiese ya cumplido los veintisiete años y estuviese en toda la plenitud de su belleza, conservaba su rostro cierto tinte virginal y esa expresión de cándida ignorancia que no suele encontrarse con frecuencia en la fisonomía de las mujeres casadas.

Parecíale á Lorenzo que no había transcurrido el tiempo y que volvía á encontrar á Berta Fontenille exactamente lo mismo que aquella mañana en que se alejó de ella y cuando no se llamaba aún madama de Brioules.

¿Qué objeto la traía á Sermaize? ¿Qué significaba el envío de aquel ramillete, cuyo perfume le recordaba su paseo en barca por el Biesme? ¿Era tal vez una atrevida burla? ¿Con qué derecho osaba venir á insultarle en el fondo del retiro que él había elegido?

Volvió la espalda al salón, y apoyándose de codos en la balastrada del balcón, frente á la campiña silenciosa, trató de coordinar algun tanto sus ideas.

Dentro de la sala tocaba la orquesta el *brindis* de la *Traviata*, y aquella música de Verdi, sensual, apasionada y malsana aumentaba, lejos de aplacar, su agitación. Las vibrantes notas de aquella melodía del amor insaciable, despertaban en él un cúmulo de ardientes y no satisfechos deseos. Mientras permanecía inmóvil y como sumergido en las notas sonoras de



aquella música, oyó á su espalda el roce de una tela de seda al atravesar el hueco de una de las aberturas que daban á la balaustrada, y de pronto una forma blanca de mujer llegó con ondulosos movimientos á ponerse de codos al balcón. En seguida oyó Lorenzo agitarse, á modo de un ruido de alas, un abanico impulsado por nerviosa mano.

—Buenas noches, Sr. Husson—dijo al mismo tiempo una voz algún tanto mordaz.—¿Por qué no quereis conocer á vuestros antiguos amigos?

Lorenzo levantó bruscamente la cabeza.

Los ojos de Berta brillaban en medio de la obscuridad de la noche, mirándole con expresión burlona. El doctor, desconcertado, se inclinó balbuceando algunas palabras de disculpa.

—No trateis de fingir que no me habíais visto—prosiguió Berta—porque estoy perfectamente persuadida de lo contrario... Esperaba que os acercáseis siquiera para pedirme noticias de las Islettes.

—No espero noticias de allí—contestó lacónicamente el doctor.

—Verdad es que, en último caso, la señorita Sebastiana debe teneros al corriente de los sucesos, porque me figuro que os escribireis con frecuencia.

El acento de Berta tenía una inflexión de burla que excitó la irritabilidad de Lorenzo.

—Es cierto, señora—repuso éste—y eso podrá explicar por qué he creído inútil molestaros.

—No es, en verdad, muy galante lo que me estais diciendo... Por mi parte, pienso que no abundan tanto en el mundo los amigos para desdeñarlos cuando se les vuelve á encontrar, y «esto podrá explicar por qué he cometido la indiscreción de molestaros»... Ya veis que tengo mejor genio que vos—añadió—apoyando la enguantada mano en la balaustrada del balcón al lado de la de Lorenzo.

Vaya usted á explicar por qué la vista de aquella diminuta y aristocrática mano obró como un calmante sobre la irritación del doctor... Lo cierto es que sus nervios se aflojaron como por arte de encantamiento y que se avergonzó de su grosería.

—¡Amigos!—repitió como quien despierta de un sueño.—Hubo un momento en que creimos serlo... Pero, ¿podríamos serlo todavía?

—He ahí una pregunta que deberíais dirigiros á vos mismo—repuso Berta con maligna inflexión de voz:—yo, por mi parte, sigo siendo la que era cuando me conocísteis en las Islettes, y no acierto á comprender por qué habeis cambiado.

—¡Y me lo preguntais!—exclamó Lorenzo estupefacto.—¡Como si no hubiera pasado nada desde entonces!

—¡Nada!—murmuró ella encogiéndose ligeramente de hombros.—Nada, por lo menos, que haya podido alterar mi afectuosa estimación hacia vos.

Lorenzo movió la cabeza.



—¿Habeis venido sola á Sermaize?— la preguntó con cierto tonillo de ironía.

—Sola... con mi doncella.

—¿Y M. de Briulles?

—M. de Briulles se ha quedado en Argonne con sus libros de teología... ¡Oh! lo que es ese tampoco ha cambiado, ¡no haya miedo!... Le es del todo indiferente que yo esté en el Neufour ó en Sermaize.

—¡Ah! ¿y ¡por qué en Sermaize? ¿Estáis enferma?

—Sí y no... Mi enfermedad más grave es el fastidio... En cuanto á eso, sí, me fastidio soberanamente!

Y tendió hacia adelante los brazos y luego los dejó caer sobre el pasamanos del balcón con expresión de cansancio que no tenía nada de afectada. Aquella queja, que contra la costumbre de Berta, había subido del corazón á los labios, sin ser prudentemente modificada en el camino, se exhaló con tal acento de verdad, que Lorenzo no pudo menos de impresionarse. Aplacáronse sus desconfianzas y se sintió más dispuesto á dejarse ablandar. Aquel doloroso grito, lanzado de pronto en medio de la noche, hablaba harto elocuentemente con relación á aquella mujer que solo llevaba tres años de matrimonio. A la dudosa luz de la luna, que se alzaba en el horizonte, parecióle al joven doctor leer en los burlones labios y en los errantes ojos de Berta la melancólica historia de aquellos tres años, formados de tristes noches y de monótonos días.

—Si algo me es dado hacer personalmente—dijo—para que sea menos enojosa vuestra permanencia aquí, me pongo por completo á vuestra disposición.

—¿De veras?—contestó Berta.—Está bien y os doy por ello las gracias... Seré discreta y no abusaré de vuestra bondad; pero, vendreis á verme de cuando en cuando, ¿no es así?

Lorenzo se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Cuándo ireis?—prosiguió ella apresuradamente y bajando la voz.—Sabeis que vivo en la Espaille-raie?...

Preguntóle Lorenzo si estaría en casa al día siguiente por la tarde. Berta apoyó en sus labios el extremo del abanico y pareció reflexionar.

—No—contestó por fin;—id más tarde, despues de haber comido; de ese modo no temeré tanto robaros el tiempo.

Le tendió la mano desenguantada, y añadió:

—Ahora que hemos hecho las paces, me voy...

Lorenzo retuvo en la suya la linda mano de la señora de Briulles.

—Aún no es muy tarde—dijo—¿por qué os marchais tan pronto?

—Mi doncella me estará esperando... Y además—añadió con burlona sonrisa—no quiero comprometeros á los ojos de vuestros clientes. ¿Quién sabe si podrá haber por ahí alguna dama ó alguna señorita



á quien parezca sospechosa esta entrevista en un balcón?... ¡Buenas noches!

Y sin volver á entrar en la sala, se alejó rápidamente cruzando á lo largo del balcón, uno de cuyos extremos comunicaba con la antesala. Inmóvil, apoyado en los hierros de la balaustrada, la siguió Lorenzo con la vista hasta que se perdió en la obscuridad, en tanto que la orquesta volvía á dejarse oír en el interior. Poco tiempo después abandonó también el casino y regresó á su casa en una situación de ánimo que no acertaba á explicarse.

En el centro del gabinete seguía exhalando su enervante perfume el ramo de madreselvas y reinas de los prados, y en el cerebro del doctor continuaban también su elaboración confusa y perturbadora las impresiones de aquella noche.

—He sido muy débil—se decía Lorenzo—no he debido prometer que volvería á verla.

Y acto continuo, una voz interior le replicaba:

—¿Por qué no has de volver á verla? ¿Qué tienes que temer? ¿A qué vienen esos escrúpulos?

De pronto la linda imagen de Valentina se le representó, en medio de la noche, é inconscientemente se estableció en su pensamiento una comparación entre las dos formas femeninas: la una con su enigmático rostro y su pérfida sonrisa, la otra con su purísima mirada y sus frescos labios sonrientes.

—¿A qué volver á pensar en ella?—dijo para sí Lo-

renzo con amargura —¿No me ha rechazado su padre, y no se ha sometido dócilmente á los mandatos de M. Maurin? ¿No ha concluido ya todo entre nosotros?

Y poco á poco la imagen de la hermosa «flor de vid» se borró en su cerebro, á la manera que un cuadro al pastel sobre cuyos colores, todavía frescos, hubiese bruscamente pasado una mano colérica, y la altiva figura de Berta quedó sola en la imaginación del doctor y allí se conservó victoriosa durante toda la noche.

Sin embargo, todavía vaciló el día siguiente en volver á ver á Mad. de Brioules, y hasta hubo un momento en que tuvo tentaciones de huir al interior de los bosques y no regresar hasta ya entrada la noche. Se conocía y presentía con la clara intuición que dá la experiencia de la vida, que si volvía á hablar á Berta, volvería á sentirse enamorado de ella, y esta vez no trataría de refrenar su pasión, antes bien la dejaría crecer sin escrúpulos hasta alcanzar la meta. Ciertamente Berta era la esposa de Santa María de Brioules...

—¿Y á mí qué?—se contestaba á sí propio con despecho—Tanto peor para ese infeliz marido que no ha sabido hacerse amar... Esa mujer está á disgusto casada y busca quien la consuele; ¿prefieres acaso que otro se encargue de esa tarea? ¿No la encuentras bastante bella, ó es sencillamente que te repugna acep-



tar la mujer de Santa María?... Valiente escrúpulo, en verdad! A fé que él ha venido á usurparte tu puesto en la familia; M. de Rosieres le legará la fortuna y el nombre que debían corresponderte en buena ley, ¡y te vienes ahora con delicadezas!... Buscabas una ocasión de vengarte, la casualidad te la pone delante, ¿y vacilas?... ¡Eres un necio!

Aquella misma tarde, á la hora en que el sol se escondía tras los edificios de Sermaize, caminaba Lorenzo lentamente á lo largo del Laume. Los bañistas estaban á la sazón comiendo en las mesas redondas del pueblo y, por lo tanto, el camino estaba solitario.

Lorenzo se sentía algo calenturiento, la sangre circulaba con desusada energía por sus venas, y por más que deseaba presentarse ante madame de Briuelles tranquilo y dueño de sí mismo, no pudo evitar un estremecimiento nervioso al hacer sonar la campanilla de la verja de la Espalleraie. Un paso ligero, acompañado del frú-frú de una falda de cola, hizo crugir la arena del jardín, y Berta en persona abrió la puerta.

Una sonrisa, mitad burlona, mitad halagüeña, apareció en sus labios á la vista del doctor.

—Habeis sido bastante amable para no olvidarme —murmuró;—venid, os enseñaré el camino.

Y echó á andar delante por la avenida de ligustros. En medio de aquel verdor sombrío, su larga falda color maíz pálido, guarnecida de terciopelo negro, la

hacía parecer más alta y comunicaba cierto soberbio encanto á su precioso y flexible talle y á sus soberanos hombros. Por un refinamiento de coquetería, había prendido una rosa amarilla en sus espesos cabellos negros.

Al llegar al vestíbulo, se volvió sonriendo, alzó un *portiere*, é introdujo á Lorenzo en una salita que daba al jardín y en la cual reinaba una semi-oscuridad. Las cortinas estaban levantadas, y un ramillete de madreselvas impregnaba la atmósfera de penetrantes aromas. Aquel perfume recordó á Lorenzo el misterioso regalo de la víspera.

—A propósito—dijo, —ayer nos separamos tan bruscamente, que olvidé daros las gracias por vuestras flores.

El rostro de Berta tomó una expresión de asombro y de burla.

—¿Qué flores?—preguntó.

—Madreselvas que encontré ayer tarde en mi casa; supuse que era á vos á quien debía tal sorpresa...

Berta alzó ligeramente los hombros, volvió la cabeza con un gesto que podía traducirse: «No os entiendo,» y se sentó después de señalar una silla á Lorenzo.

—Su aroma—prosiguió—me ha recordado cierto paseo por agua que dimos juntos, pronto hará cuatro años.

—Debeis confesar que no os acordábais mucho,



cuando ha sido preciso que ese ramo venga á refrescar vuestra memoria.

—Y vos tendreis que reconocer por vuestra parte, que habeis hecho todo lo posible para que yo lo olvide.

Berta bajó los párpados, puso un dedo en los labios y, mirando á Lorenzo á través de las pestañas, dijo á media voz:

—¡Chist! no hablemos de eso... Si entonces me mostré harto severa, ó, más bien, excesivamente razonable, habreis de convenir en que no por ello han dejado de marchar bien las cosas... para vos al menos.

—¿Y para vos?—preguntó Lorenzo en tono sarcástico.

Berta se recostó un tanto sobre los almohadones de su canapé y se cubrió los ojos con una de las manos.

—Yo—contestó dando un suspiro—me he casado, y el matrimonio sin mancomunidad de gustos y de sentimientos, sin expansión, sin hijos, no es cosa demasiado alegre, podeis creerlo.

Detúvose, y luego añadió:

—Os pido perdón por haber entrado en estos detalles y molestaros con mis sinsabores.

—Nada de eso; por el contrario, os ruego que prosigais—dijo Lorenzo acercando más su silla —¿Es decir, que Santa María no os ha amado cual merecíais?

—¡Amado!—repitió ella con irónica sonrisa.—Esa

palabra no desempeña ningún papel en nuestra historia... ¿Por ventura, doctor, creéis que los devotos sepan lo que es amar? Para ellos el amor es la obra de la carne, como dicen en su bonito lenguaje; eso es, una debilidad grosera..

Volvió á detenerse, su rostro tomó una expresión de disgusto y añadió luego:

—Solo de pensar en esto me avergüenzo, y vos sois la primer persona á quien hablo de ello.

Lorenzo insistía afectuosamente para que continuase.

—Los médicos—insinuó—somos casi lo mismo que los confesores.

Berta se levantó, dió una vuelta por la sala, se inclinó hacia el ramo de madreselvas y aspiró repetidamente su fuerte perfume, cual si quisiera encontrar en él cierta excitación que la alentase á proseguir sus confidencias. En seguida volvió á sentarse cerca del doctor.

—Sí—replicó,—vuestra profesión os hace testigo de muchas miserias; pero no sois casado y no podeis saber, por consiguiente, lo que tiene de insoportable la vida común de dos seres que habitan bajo el mismo techo, se sientan á la misma mesa y se hallan desde el primer día separados por rozamientos interiores que ya no tienen remedio... Al menos, M. de Brioules tenía el recurso de sus estudios predilectos; mas para mí, ociosa de corazón y de entendi-



miente, se hacían interminables las horas, podeis creerlo!... ¡Oh! esas noches de invierno en la tétrica vivienda del Neufour, con mi bordado y mis penas por toda compañía... me causan un horror invencible!

Se detuvo y pasó suavemente la mano por sus lustrosos cabellos.

Lorenzo la escuchaba, la contemplaba y experimentaba de nuevo la fascinación que en otro tiempo había ejercido sobre él.

Se oyó llamar pausadamente á la puerta, y entró la doncella trayendo una lámpara, cuya bomba mate dejaba filtrar una luz debilitada; la puso sobre la mesa, echó las cortinas y se retiró con las mismas formas discretas y silenciosas con que había entrado.

Nuestros dos personajes, cual si se sintiesen intimidados por la luz guardaban silencio.

Lorenzo contemplaba con un asombro no exento de ternura á aquella mujer á quien había amado en otro tiempo, y á la cuál, las veladas confidencias que acababa de hacerle, daban un incitante atractivo, en el que el encanto de la muchacha que desconoce el amor se unía á las seducciones prácticas de la mujer completamente formada. Sus miradas vagaban del tranquilo y misterioso rostro de Berta á su seno suavemente agitado, en que el escote del vestido dejaba entrever el blanco cútis, sumergido en una nube de blondas. Seguía los movimientos de su bien modelada mano alisando los bandós de su negra cabellera y

trataba de adivinar los mórbidos contornos de su flexible cuerpo, bajo las ondulaciones de la tela. Estaban tan próximos el uno al otro, que los pliegues de la ampulosa falda de Mme. de Brioules caían sobre las rodillas del doctor. Sentía en sus piernas el roce del sedoso vestido y de momento en momento iba perdiendo algo de su aplomo, cerrábanse sus ojos le daba vueltas la cabeza y ya ni aun se atrevía á hablar, temeroso de que la opresión de su voz revelase la turbación que le dominaba.

—Estoy cierta de que os fastidió hablándoos tanto tiempo de mis cuitas—dijo de pronto Berta con voz ceceita zalamera,—pero ya que habeis consentido en venir á verme, he querido ante todo abriros en parte mi corazón, á fin de que juzgueis si aún os parezco digna de vuestra amistad... ¿Verdad que no me guardais rencor?

La joven había puesto las manos sobre el almohadón, próximas á Lorenzo, en actitud de súplica.

Él, por toda respuesta, las oprimió entre las suyas.

—¿Seremos tan buenos amigos como en otro tiempo?—prosiguió ella, mirándole por entre las caidas pestañas.

—Como en otro tiempo —replicó él docilmente, apretando un poco más las dos manos cautivas.

—Amigos sin miras interesadas, sin exigencias imposibles —dijo ella con insistencia.

—Sí,—contestó Lorenzo con voz sorda.



Y acto continuo, sin considerar que daba el primer tajo á aquel tratado de pura amistad, apoyó sus labios en las dos manos que se le abandonaban y las cubrió de besos.

Berta le dejaba hacer sin manifestarse ofendida; bajaba los ojos y su sonrisa de esfinje continuaba vagando por sus labios.

Hubo un largo intervalo de silencio, durante el cual, solo se oía la caída lenta y acompasada del aceite en la lámpara, el movimiento de las cortinas acariciadas por la brisa de la noche y el sordo rodar de una carreta en el campo.

Los labios de Lorenzo no acertaban á desprenderse de los brazos de Berta. En aque instante se oyó el sonido del reloj de Sermaize que daba las diez, y madama de Brioules retiró bruscamente sus manos aprisionadas.

—Es tarde, murmuró—y no quiero escandalizar á mi doncella... Es fuerza que partais. . Saldreis por el jardin.

Salieron ambos de la habitación, y Berta condujo á Lorenzo, sirviéndole de guía, por las oscuras calles del jardin, hasta una puertecilla que daba al campo. Llegados allí, quiso Berta acompañarle algunos minutos más, y casi sin hablar caminaron un rato uno al lado de otro, bajo el cielo tachonado de estrellas. Cuando llegaron al sendero que desembocaba en la carretera, Berta le alargó la mano.

—¡Buenas noches!—murmuró con cierto tonillo en que podía traslucirse una intención irónica.

Y seguidamente echó á andar para volver al jardin, en tanto que Lorenzo entraba en el sendero, tambaleándose como un borracho.

## V

Era el día 9 de Agosto, víspera de San Lorenzo, festividad que el marqués de Rosieres acostumbraba á celebrar, alegremente, en honor de su santo patrono; pero que este año amenazaba concluir de una manera harto desapacible. Exceptuando Ambrosina, que á la hora de la comida se presentó ante el marqués con un abultado ramo de espuelas de caballero, nadie había ido á felicitarle, y había comido solo, sin otra compañía que su mal humor. Su hermana la señora de Brioules se hallaba visitando á algunos amigos al otro extremo del departamento; Berta tomaba las aguas de Sermaize; Santa María, recluso en el Neufour y absorto en sus meditaciones como Simeón Stilita en su columna, ignoraba hasta el mes y el día de la semana en que vivía.

Abandonado á sí propio, saboreaba melancólicamente el marqués una copita de kirsch, y suspiraba recordando los jubilosos aniversarios de otros tiempos. A lo largo de las paredes revestidas de maderas